

sin Dios no pueden existir ni los cielos ni la tierra, ni los ángeles ni los hombres, ni el espíritu ni la naturaleza. Sí, hay Dios, hay Dios. Yo lo descubro en los resplandores del Universo, yo lo siento en los latidos de mi corazón, yo lo veo en el santuario de mi pensamiento, y le reconozco juez inapelable en el tribunal de mi conciencia. Yo por lo mismo diré siempre al pueblo: trabaja por la justicia, que no eres huérfano. Trabaja por la libertad, por la igualdad, por borrar de la frente de tus hijos las sombras de la antigua servidumbre, por levantar mas hermoso este planeta en los espacios infinitos, que no eres huérfano. La Providencia te señala ya la tierra prometida; tus enemigos, los soberbios tiranos, se ahogan entre las ondas amarguísimas de la cólera divina; tus hijos, redimidos por tu trabajo, llegan á la ciudad santa de la justicia, y bendicen á sus padres que los han salvado, á sus padres que los han redimido, y no reconocen ni mas dueño ni señor que nuestro Padre Celestial, porque merced á vuestro sacrificio se habrán cumplido las promesas de libertad guardadas en las páginas del Evangelio. He dicho. (Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos.)

LOS ESTOICOS,

LOS PADRES APOSTOLICOS, LOS APOLOGISTAS.

LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Ha sido usual dividir el gran trabajo de la edad que estamos tratando en dos partes, para estudiarlas separadamente. Unos escritores han mirado tan solo el Cristianismo naciente, otros el Imperio moribundo. Si alguna vez los han juntado, ha sido en las grandes conjunciones del Cristianismo con el antiguo mundo. Yo, como creo que nadie puede romper el hilo misterioso del tiempo, y que cada hecho viene en su sazón conveniente, presentaré en estas mis lecciones al par las dos sociedades, la sociedad que muere y la sociedad que nace, convencido como estoy de que la mas alta filosofía se encuentra en el seno de la historia. En los dos años anteriores presenté el camino por donde la aristocracia llegó á la muerte, y la democracia al imperio; la descomposicion del pensamiento pagano en sus tres grandes determinaciones, la estóica, la epicúrea y la alejandrina; la destruccion del arte clásico por la sátira, que se asemeja á uno de aquellos genios burlones esculpidos por los antiguos escultores al pié de los bajos relieves; la caída de los dioses desprendidos sobre la tierra, como muertos, cuando no los anima la fé de la conciencia humana; las esperanzas misteriosas que parecian difundidas por los aires y que inspiraban cánticos proféticos á los mismos paganos; las luchas en Jerusalem entre saduceos y

fariseos, aquellos por apartar la ciudad santa del mundo, y estos por hacer de Jerusalem la Roma espiritual de las naciones; los esenios que pueblan los desiertos y se maceran en la soledad esperando la renovacion del espíritu; los alejandrinos que difunden por Oriente el logos de Platon; el bautista que anuncia con grandes clamores por las orillas del Jordan la venida del Mesías; Jesus en la cuna, en la montafia, en la Cruz; San Pedro que esplica á la sombra de la Sinagoga el cumplimiento de las profecías á los judíos de Palestina; San Pablo que recorre toda la tierra para evangelizar á toda la humanidad; San Juan que habla del Verbo y de la union del hombre con el Verbo, y de la union del Verbo con Dios, en el lenguaje sublime de los antiguos poetas; los estóicos transformándose de secta filosófica en secta política, pues no hay pensamiento que no toque en la realidad de la vida; los gnósticos intentando en vano resucitar la teogonía del Oriente y confundir el Cristianismo con el paganismo, abrazo de la vida con la muerte; y como resultado de todo este gran movimiento religioso y social la estincion del antiguo culto, por la cual, naturaleza pierde sus encantos, su poesía, y el genio de Apolo calla en el sol, y las náyades en el arroyo, y los faunos en las hojas de las selvas, y el caramillo de Pan en los oteros, y el oráculo en la caverna de Delfos, y la pitonisa en su trípode, al mismo tiempo que los sacerdotes y los apóstoles de la nueva idea ascienden al Capitolio, y alzan en el ara al nuevo Dios que transforma la conciencia humana y señala nuevo rumbo, nueva direccion á la impetuosa corriente del rio de los tiempos. (Estrepitosos aplausos.)

Entremos, pues, á historiar el siglo segundo. Pasada la incertidumbre que se apoderó del imperio despues que con Neron se estinguiera la familia de César, que habia ideado una manera de monarquía hereditaria, subió al trono la familia Flavia, que personificaba las ideas del Oriente, las ideas gnósticas opuestas al carácter práctico de los romanos y á la universalidad de su política. Por eso, desde el instante mismo en que el espíritu oriental se posesionó del Capitolio, comenzó una conjuracion tremenda contra él, conjuracion cuyos principales jefes eran los estóicos. Estos filósofos, á quienes podemos llamar los eremitas de Occidente, predicaban por calles y plazas contra el gnosticismo, contra la idea oriental, y en favor de que Roma representara la idea humanitaria. La familia Flavia los persiguió, los arrojó de la ciudad. Tres edictos se dieron contra ellos, uno por Vespasiano, otro por Tito, otro por Domiciano, los tres emperadores de la familia Flavia.

Pero una idea, cuando tiene fuerza y se anima del espíritu de su tiempo, es invencible, y por su misma virtud no solo llega á tocar en la realidad, sino que la transforma. La idea estóica no se paraba solo en reformar el espíritu por su propia virtud, se dirigia á reformar la sociedad. Oponianse á ello los conjuros religiosos de los gnósticos y las armas de los pretorianos. Pero no importa. Era una idea viva y estaba destinada á domestiar todas las fuerzas conjuradas en su daño. Los hombres que tienen larga espada en el cinto, gran ejército á su alrededor; oro que derramar sobre la frente de sus cortesanos, fuerza para ahogar hasta la palabra y amedrentar hasta la conciencia, suelen, poseidos de ese orgullo que da el poder y que causa siempre vértigos, menospreciar la idea que nace humilde en la mente de un pensador solitario, porque la idea en la conciencia es mas fantástica que la niebla en los aires, porque la idea no tiene ni espada, ni oro, porque la idea no se ve con los ojos del cuerpo, ni se palpa con las manos; pero si abriesen las páginas de la historia, si ávidamente siguieran el camino misterioso de las ideas, y las vieran cuando son progresivas nacer en un pensador solitario que tal vez paga con la muerte el haber abierto un nuevo surco en la conciencia humana, crecer en sectas varias, organizarse, luchar, subir, como sube la sávia desde la jugosa tierra á las ramas del árbol, por leyes é instituciones, y alcanzar á los mismos poderes que las han perseguido y que han intentado ahogarlas; si vieran que los que ayer bebían la cicuta ó espiraban en el tormento por sus ideas son hoy como estrellas fijas que alumbran á la humanidad en su camino, de seguro, léjos de menospreciar las ideas ó de ahogarlas, abrierianles ancho cauce, porque de lo contrario, condensadas como una gran tempestad, estallan, destrozan cuanto les cierra el paso, tronchan como cañas las mas fuertes espadas, desarraigan los poderes que se creen eternos, como el huracan las encinas: que las ideas progresivas humanitarias no se pierden ni se ahogan, pues son como la eterna revelacion de Dios en la conciencia y en la vida. (Entusiasmas y repetidos aplausos.)

Por esa virtud, pues, que tienen las ideas, triunfan de sus mayores enemigos; y así los estóicos, errantes por toda la tierra y desarmados, vencieron á los soldados de Domiciano. Dion Casio solo, desarmó una legion entera. El sueño de Platon se realizaba, la filosofia iba á ocupar el trono del mundo. Detengámonos un momento en presencia del estoicismo. En este sistema se advertia el progreso de la razon huma-

na que se acercaba á los altares del Cristianismo. Es verdad que muchos escritores han querido probar que Séneca conoció á San Pablo, y Epitecto á San Justino, y que Marco Aurelio era cristiano; pero tales suposiciones no deben refutar-se y están tenidas por fábulas entre todos los críticos. La razon humana tiene en sí virtud bastante para llegar á las mas altas ideas metafísicas. Los estóicos, pues, no eran mas que los grandes moralistas de toda la antigüedad. Su carácter concertaba admirablemente con el carácter positivo, práctico de los romanos. Desdeñando la metafísica, aunque admitian un Dios, un espíritu, y la vida universal alimentada por una combustion eterna, si bien no ofrecen ningun nuevo progreso en las indagaciones verdaderamente especulativas, tienen tendencias prácticas á convertir la idea en hecho, las leyes de la ciencia en severas reglas de conducta, el alma humana en un sér superior que se sobreponga á la naturaleza y á los dolores del pobre cuerpo en que yace como esclava; y de esta suerte mas que la reforma de la idea predicaban la reforma de la sociedad, la obligacion que tiene el hombre de vivir, no para sí solamente sino para todos los hombres, la clemencia con el vencido, la compasion hácia el pobre, la ardiente caridad por el esclavo, la justicia entre todas las naciones, la paz perpétua, la necesidad de volver el hijo perdido al seno de su madre, el gladiador al hogar, el cadáver del criminal á la tierra, porque donde quiera que está el hombre hay espacio para el beneficio; virtudes severas, altísimas, que, sin embargo, no comprendian la regeneracion del mundo por el dolor, ni su bautismo de lágrimas, y que si bien presentian una idea mas alta y preparaban el espíritu á recibirla, eran tan solo como un refugio que la libertad, perdida en el mundo, buscaba en el sagrado asilo de la conciencia, como Caton, el último romano, buscó un seguro contra la tiranía de su tiempo en el helado seno de la muerte. (Aplausos.)

La metafísica griega habia muerto cuando apareció el estoicismo. La duda con todos sus horrores la devoraba. Habia llegado el pensamiento hasta negar el mundo, hasta negarse á sí mismo, negando la base de toda certidumbre. El estoicismo creia renovar la vida con la renovacion moral, renovar la filosofía juntando en una síntesis los principios teológicos de Platon y Aristóteles. Para el estoicismo Dios es la semilla del mundo, y el mundo la diseminacion de Dios. En el Universo hay la lucha constante entre el principio activo y el principio pasivo, pero esta lucha se concluye en una armonía superior. El mal es como el instrumento, como el agujon de que Dios se vale para encerrar

las cosas y los séres descarriados en la armonía universal. Toda sustancia es fuerza; toda vida es accion. La armonía universal se llama para el hombre virtud. La virtud consiste en ajustar la vida á la ley moral. Por consecuencia el estoicismo, aun en el período metafísico, en el período griego, es una filosofía esencialmente práctica, esencialmente moral; es ántes que una ley del entendimiento una ley de conducta, y mira mas que á la verdad al bien.

Por eso el estoicismo convenia principalmente al carácter y á la vida del pueblo romano. Es de notar que el estoicismo romano toma infinita variedad de caracteres segun la variedad de las épocas. Prescindiendo de los tiempos de la República en que el estoicismo romano sigue al estoicismo griego, en el Imperio toma varias formas segun las varias épocas. Durante los primeros emperadores el estoicismo es una protesta y nada mas que una protesta, durante el reinado de la familia Flavia un combate y nada mas que un combate, durante los Antoninos una poderosa organizacion política que da al mundo conciencia de su espíritu universal. El gran Hegel menosprecia en su Historia de filosofía los estóicos romanos á cuyas epístolas da tanta importancia como á las gerundiadas de los malos predicadores. Pero no tiene razon el ilustre filósofo. En los tiempos dolorosísimos del despotismo, cuando Roma no satisfecha con haber encontrado en el botin de cada una de sus victorias un Dios, y de tener colgada en su Panteon la cadena de todas las religiones, celebra la apoteosis de sus emperadores recién muertos llevándolos en procesion por la Via Sacra, ofreciéndoles altares de marfil y oro sembrados de pedrería, quemándoles montones de incienso, entre cuyas nubes se alza un águila en señal de que el tirano va á sentarse en el Olimpo, entre los dioses inmortales; cuando las provincias corrompidas por este ejemplo consagran templos á Augusto, y establecen colegios de sacerdotes para conservar su culto, y diez pueblos del Asia, de la religiosa Asia, de la cuna de todos los dioses, en su delirio por la servidumbre, se disputan el privilegio de fundar una religion que tenga por Dios á Tiberio, al monstruo Tiberio, encenegado en sus orgías, devorado en su alma por el vicio y por el cáncer en su cuerpo; cuando las puertas del templo de los hebreos se abren al loco Calígula, al que deseaba tener por amante la luna, y segar la cabeza de la humanidad de un solo tajo; cuando la prostituta Popea que Neron estrelló contra las paredes de su palacio, como estrella el niño un juguete, era diosa; en aquella universal degradacion, que engendrabá todos los amargos frutos de la es-

clavitud, á saber: la depravacion de las costumbres, el invilecimiento de los caracteres, la ferocidad en los que mandan, la licencia en los soldados, la estupidez en el pueblo; en aquel rebajamiento universal que hiciera del mundo un serrallo, los hombres como los estóicos, que se apartaban del mundo y conser vaban el culto de la virtud y la conciencia, eran el único síntoma de vigor, de virilidad que habia en aquella sociedad, la única protesta que desafiaba á la tiranía; y si bien mas que pelear sabian morir, en la última hora maldecian, al ménos, á sus tiranos, y les probaban que no tenian dominio sobre el pensamiento ni poder sobre la muerte, testificando así que la libertad es inmortal como el alma, inquebrantable como la conciencia. (Estrepitosos aplausos).

Es verdad que sus primeros esfuerzos para remediar aquellos males fueron inútiles; pero esto no debe maravillarnos si atendemos á que aspiraban á un imposible, aspiraban á restaurar la antigua sociedad aristocrática habia muerto por tres razones: primera, por egoista, porque no queria admitir la humanidad en su seno; segunda, por aristocrática, por abrigar el privilegio; tercera, por no haber resuelto el problema social. Mas cuando se convencieron de que todas las antiguas formas aristocráticas estaban gastadas, de que ni el Senado ni la curia podian resucitar, de que el patriciado se habia extinguido como poder político, reinaron en el seno de la sociedad, cuyo último refugio eran las doctrinas estóicas. Estas doctrinas habian nacido en Grecia, mas para Roma. He dicho siempre que entre la idea y el hecho hay la misma armonía que entre el alma y el cuerpo. La filosofía estóica es el espíritu, Roma el órgano de ese espíritu. La filosofía estóica admite en metafísica el alma del mundo, como Roma admite en su política la unidad del mundo. Roma en tanto que la idea estóica no se apodera de su conciencia, es humanitaria por instinto; y así que la idea estóica se apodera de su conciencia es humanitaria por reflexion y por convencimiento. Primero presente su destino, despues lo cumple. La idea de la unidad del mundo que Ciro presintió en su corazon de bárbaro; que elevó á Alejandro, el poeta, el héroe, el joven irreflexivo, el cual, cefida la sien de flores, llamaba desde su carro de oro á todas las razas á beber en su ancha copa el néctar de la vida griega; la idea de la unidad del mundo no se realizaba cuando Roma practicaba su derecho feacial y despedia de su arco la flecha envenenada para declarar la guerra á todas las naciones, y pulverizaba la ciudad de Alba, y borraba las huellas de Cartago en Africa, como

el viento borra las huellas del reptil por las arenas del desierto, y quemaba el sagrado recinto de Numancia, la mas heróica de las ciudades, y destruía á Corinto, la bella, la de los juegos ístmicos, vendiendo sus habitantes por esclavos; no, no se realizaba en estos tiempos la ardorosa lucha en que Perseo, precedido por todos los despojos de Grecia entraba atado con cadenas de oro bajo los arcos triunfales, pidiendo en vano la libertad, y Jugurta rugía entre las exclamaciones del pueblo, y Atalo vestia el sayal de esclavo arrojando en el foro un pueblo entero maniatado, como el sacrificador arroja las víctimas al pié de él; no se realizaba la idea de la unidad del mundo y de la humanidad cuando Roma fué la reina de las naciones, sino cuando fué su madre (Aplausos); cuando César llamó los galos al Senado, y Augusto un español al consulado, y Claudio escribía la historia de los vencidos para salvar su recuerdo ya que no le fué posible salvar sus vidas, y Trajano daban derechos de ciudadanía á ricas poblaciones de Bética, y los Antoninos, los estóicos por excelencia, preparaban la gran constitucion, eterna, honra de sus nombres, que debian declarar ciudadanos de Roma á todos los hombres; y en virtud de esta declaracion entraban por las puertas de Roma los montañeses de Rhodopo, caros á Orfeo; el sármata que se abreva en sangre de caballo; el negro etiope que bebe las aguas del Nilo en sus misteriosas fuentes; el árabe y el ibero; el sirio perfumado con los aromas de sus bosques; el sicambro de peinados rizos; el galo de larga cabellera; y entraban no como enemigos, no encadenados, sino como ciudadanos, como hombres, á besar aquella tierra sacratísima del Foro, levadura de una nueva humanidad, á santificar sus frentes bárbaras ungiéndolas con el óleo del derecho universal. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

El estoicismo es como la conciencia de esta idea de unidad superior del mundo, de unidad superior de nuestra especie. Parece por su solemnidad, por su severidad como el arte de bien morir que aprende un mundo caduco de labios de los últimos representantes de su pensamiento. La vida de la sociedad antigua fué el privilegio y el estoicismo predicaba la igualdad. La política de la sociedad antigua fué la apoteosis del Estado, y el estoicismo predicaba que la conciencia y el espíritu son superiores al Estado. La idea capital de la sociedad antigua fué vincular la civilizacion en una ciudad, y el estoicismo extendía los límites de esa ciudad hasta los últimos extremos de la tierra. El mundo antiguo debia disolverse bajo el influjo de esta idea pa-

ra dejar abierto el paso á otro mundo mas grande y mas humano. La humanidad que se iba formando merced á esta idea de la unidad del espíritu, de la unidad de la conciencia, no cabia en la antigua Roma. Levantábase la libertad interior del espíritu rompiendo las cadenas sociales. La conciencia se declaraba superior á las leyes en nombre de la ley divina de su vida. El derecho natural forjaba en sus eternos moldes el derecho civil. La energía de la voluntad, su fuerza incontrastable, rompía con el destino antiguo que pesaba como una clava de hierro sobre la frente del hombre. Los filósofos sabian morir con la esperanza de que la corrupcion del mundo no llegaba hasta sus almas. Los jurisconsultos ponian el principio de eterna justicia al frente de sus códigos, y la ley del derecho natural sobre las convenciones del derecho civil. Merced á este gran movimiento moral del estoicismo, sentíase tambien un gran movimiento social. Todas las ideas sociales de los antiguos romanos se reducian á creer en el derecho incondicional de Roma sobre todos los pueblos. Pero desde el punto en que el estoicismo penetra en el imperio, grandes ideas sociales y humanitarias pasan por la conciencia. Veleyo Patérculo osa defender en Roma á los enemigos de Roma. Floro declara que en las guerras sociales tenian razon los pueblos itálicos que demandaban con las armas en la mano un asiento en la ciudad romana. Séneca dice que aunque nacido en la hermosa Córdoba, su patria es el Universo, su ciudad la tierra, su madre la humanidad, sus hermanos todos los hombres, hasta el esclavo que la sociedad arrojaba con desprecio á las gemonias. Lucano, al ver los horrores de la guerra, desea convertir las armas en instrumentos de labranza, los ejércitos de soldados en ejércitos de trabajadores, la podrida sangre que corre por los campos de batalla en el fecundo sudor que riega la tierra, y por esta maravillosa manera se adelanta á los siglos, presintiendo la idea de la santidad del trabajo. Plinio, Plutarco alaban la paz romana, la unidad de todas las gentes, la hermandad de todos los pueblos, la union de todos los dioses en el maternal regazo de la diosa Roma. ¡Qué ideas, señores, tan grandes! ¡Qué misteriosamente se elevaba á la verdad la conciencia humana! Pero veamos esta idea estoica hecha hombre, pasando por las cimas del imperio romano.

La personificacion de la idea estoica en el imperio es Marco Aurelio. Nerva, llegó doliente, decrépito al trono del mundo; Trajano pasó su vida en los campamentos, Adriano en continuos viajes, Antonino en la soledad á manera de un cenobita coronado con la corona de

la tierra. No así Marco Aurelio, dueño del mundo y discípulo de un esclavo, el cual llegara á no sentir el peso de las cadenas, cultivando la libertad interior, la libertad de su espíritu. ¡En verdad era un gran espectáculo el que en esta sazón ofrecia el mundo! El esclavo, el sér que la antigüedad despreciaba, el que destinaba á eterno dolor, á eterna afrenta, se venga generosamente de sus perseguidores, de sus verdugos, de los que le han embriagado en los festines lacedemonios, de los que le han inmolado en los altares de Siria, de los que le han herido con todas las espinas de la tierra y han derramado en su alma la hiel de todos los odios juntos, se venga generosamente de los que ni siquiera le creían hombre, dándole el ideal del justo, y elevando ese ideal sublime al trono de la tierra. El maestro esclavo se llamaba Epitecto, y el discípulo emperador Marco Aurelio. Epitecto enseñaba á su discípulo á tener en mas las buenas obras que las buenas ideas, á buscar á Dios con anhelo en cada uno de los instantes de su vida, á considerar en el que yerra y en el que peca no un malvado sino un enfermo, á ser indiferente á todo lo que es verdaderamente extraño á la conciencia y al espíritu; doctrinas morales que sobrepujó Marco Aurelio con aquella armonía divina que acertó á tener entre sus ideas y sus obras, entre su conciencia y su vida: con aquella caridad muy superior á la fria indiferencia estoica; con aquel amor á todos los hombres así extranjeros como esclavos; con aquella conviccion íntima, profunda de que Dios es uno, y una la naturaleza, y uno el espíritu, y unos todos los pueblos, que deben separarse del odio como del abismo de su perdicion; con aquella creencia superior de que la vida es un sacerdocio divino y la muerte una trasformacion gloriosa; con aquel culto al precepto de que no es lícito hacer mal ni dejar de hacer bien; leyes sacratísimas de vida, que le llevaron á aplicar el cautiverio á muchas llagas de la antigua sociedad, á reformar los juegos de gladiadores, á dulcificar la guerra, á suspirar en los campamentos por la vida tranquila de las academias, á envidiar desde el trono al último de los hombres, á considerar su autoridad como una cadena semejante á la que ataba á Prometeo sobre las cimas del Cáucaso; pues si como tuvo fé en Dios, y caridad por sus hermanos, tuviera la nueva virtud, la virtud traída por el Cristianismo, la seguridad de la renovacion del mundo, la esperanza; en una palabra, fuera cristiano y no se hundiera en el sepulcro desesperado por la irremediable desgracia de aquella sociedad, desesperacion que es el mal de todas almas grandes, nacidas cuando los horizontes de una idea se oscurecieron y fatalmente

caídas entre las ruinas del mundo en que por su desgracia han nacido. (Aplausos.)

Indudablemente las ideas estóicas debían tener más que el pasajero influjo de un día, eterno influjo en el derecho romano. Por ellas el derecho natural se levantaba sobre el derecho civil. Por ellas el espíritu romano tomaba el carácter de espíritu universal. Por ellas la dea luminosísima humana penetraba en todas las instituciones. Mas si tenía esta virtud para renovar al espíritu, no tenía la misma virtud para renovar la sociedad. El bien quedaba aislado en algunos individuos. Si aquella idea no mejoraba las costumbres, no libertaba el espíritu, no restauraba el sentido moral, no traía las antiguas virtudes republicanas, bien podía decirse que el mundo antiguo estaba enfermo, y más que enfermo aún, muerto.

Apénas desaparece Marco Aurelio del trono, cuando ya se ven todas las llagas sociales de Roma ocultas, pero no curadas, por el bálsamo de las ideas estóicas. Commodo es la personificación de todos los vicios del imperio. Hijo Commodo de Marco Aurelio por la ley, por la naturaleza de un gladiador que merecía los terpes favores de su madre Faustina, asesino á los doce años, cuando la inocencia debe cubrir bajo sus blancas alas el alma; cruel, no por necesidad sino por pura perversión; amigo de atormentar con sus propias manos á sus víctimas y de verlas morir en su presencia; dado á correrías y aventuras nocturnas que costaban la vida á muchos hombres, la honra á muchas mujeres; tan fuerte que acertó á herir un atleta; tan hábil en manejar el arco que mató de cien flechazos cien leones; vanidoso hasta el extremo de creerse el primer héroe de Roma porque bajó desnudo á la arena del Circo y salió vencedor de setecientos combates de gladiadores; frenético por las luchas de fieras al punto de prohibir á los habitantes de Africa que las cazaran ni aun cuando los acometiesen hambrientos; injusto é infame, pues cuando le faltaba dinero vendía las decisiones de los tribunales y hasta licencias á los asesinos para ejercer impunemente sus feroces instintos; sensual como todos; los tiranos, y en tal extremo que tenía trescientas concubinas y trescientas mancebas en su palacio, entregadas todas á una orgía sin término y sin tregua; profanador de todo lo grande, y así llamó á Roma colonia comodiana y al Senado casa de Commodo; soberbio y en su soberbia creído de que era un dios, tomando los atributos de Hércules, la maza de hierro, la piel de león, haciendo que sus viles cortesanos le alzaran altares, le ofrecieran incienso y holocaustos; personificación de los

vicios del despotismo, que como es el desconocimiento de las leyes de la naturaleza convierte á todos los que se endiosan, á todos los que se creen superiores á los demás hombres, en miserables bestias; propio castigo del que desconoce la justicia y la viola y pisotea la santa libertad. (Entusiastas y repetidos aplausos.)

¿Quereis ver la imágen de Roma en este tiempo? Deteneos un momento, señores, á contemplar el Circo. A medida que la libertad desciende crece la pasión desenfrenada del pueblo por los juegos de gladiadores. Aquellos circos levantados por cien generaciones de esclavos que con la argolla al cuello y la cadena al pié trabajaron para poner piedra sobre piedra; aquellos circos ornados de estátuas traídas de Grecia, de obeliscos traídos de Oriente, de trofeos de todos los campos de batalla del mundo; aquellos circos abiertos á un lado por la puerta sanitaria por donde entran los combatientes, y á otra por la puerta mortuoria por donde sacan á los heridos y á los muertos; aquellos circos llenos de polvos de oro, de carmin y minio que oculten el color y contrasten el hedor de la sangre; cortados en larga escalinata, cuyas primeras gradas ocupan los magistrados y los senadores, y las segundas los caballeros, y las terceras los padres que han tenido cierto número de hijos, y las superiores el pueblo, y las últimas las demás romanas que agitan el aire con sus abanicos formados de colas de pavos reales, y lo perfuman con orientales esencias, y escitan la voluptuosidad universal mostrando entre nubes de blancas gasas sus desnudas formas, realizadas por el reflejo de los velos de púrpura que las defienden del sol, aquellos circos, decía, en las grandes festividades se llenan hasta rebosar de gente, pues acuden hasta las vestales, hasta los emperadores, gozándose todos en ver desfilar en su presencia los esedarios en sus carros pintados de verde; los mirmillones guarecidos tras sus escudos de hierro y armados de su cuchillo de caza; los recharios que agitan su afilado tridente, vestidos con túnica roja, borceguies celestes y casco rematado en áureo pez; los ecuestres con su peto de acero, su clámide de mil colores, sus brazaletes de hierro; los bestiarios desnudos, luciendo sus bellas formas y tomando clásicas actitudes de estátuas, todos comprados á subido precio, alimentados todos de una manera especial para que tengan en su cuerpo mucha, mucha sangre, aplaudidos por las muchedumbres ébrias de gozo, hasta que á una señal dada por el César se lanzan todos á la arena, pelean, se buscan, se evitan, se encuentran, se hieren; resbálanse estos en la sangre fresca, caen aquellos exámenes, corren los otros en japos de la

punta de una espada que los atravesase el corazon, porque el maestro del Circo les ha clavado un hierro candente en las espaldas creyendo que se apartaban del combate; se desploman unos sobre otros, se revuelcan en el polvo entre los chorros de sangre que salen de las heridas, abrázanse para respirar unidos los mismos que se acaban de asesinar mutuamente; mientras los espectadores delirantes de entusiasmo abriendo las narices para aspirar el vapor que se levanta de aquella matanza, increpan, gritan, aullan, entre el rugido de las fieras, y el choque de las armas, y los ayes de los heridos, y el estertor de los moribundos aplaudiendo la inhumana hecatombe consagrada á la gran, deza de Roma, grandeza de la cual no le quedaba, como á todos los pueblos envilecidos por la servidumbre, mas que la bárbara crueldad, eterna infamia de su historia, execracion eterna de su nombre. (Estrepitosos aplausos.)

Despues del Circo venia algo mas terrible, algo mas trágico, algo mas abominable todavia. A la salida del Circo, en un abismo llamado espoliario, negro como la noche, pútrido como el sepulcro, á la pálida luz de las antorchas, en tanto que Roma se entregaba á sus orgias, las jóvenes guardias aglomeraban miembros despedazados, cadáveres, y hasta heridos aún con vida; y allí dejaban aquellos restos infectos de una fiesta, espuestos á la voracidad de los perros que enterraban las carnes en sus estómagos y rompian los huesos entre sus dientes, y ¡en cuántas ocasiones alguno de aquellos infelices gladiadores allí abandonados, se levantaba sobre la sangre coagulada, sobre las entrañas desechas, pisando cuerpos todavia calientes ó agitados por el último resuello de la agonía, y llevándose una mano al pecho herido, y extendiendo la otra hácia Roma, la maldecia con ronco acento, maldicion que heria los cielos y llamaba sobre la proterva reina de las naciones el anatema de la divina justicia! (Aplausos.)

Si, todo, absolutamente todo lo que pasa en Roma, indica en verdad que la civilizacion antigua presiente el cumplimiento de este anatema terrible. Cuando el mal ahonda tanto que no se cree posible el remedio, sobreviene la muerte que tambien tiene sus profetas. Leed esta literatura del siglo segundo y vereis que es una literatura verdaderamente solemne y testamentaria. La sociedad antigua sabe que está envenenada, y siente correr por sus venas el frio de la muerte. A la dudosa luz de aquel crepúsculo del espíritu antiguo, suspendido sobre su ocaso, levántase un hombre que es como la conciencia y el remordimiento de aquella sociedad; un hombre que, á haber nacido en los

tiempos de Esquilo, usurpárale el genio trágico, porque nadie lo ha poseído como él, ni aun el mismo Shakespeare; un hombre que ha escrito en estilo cortado, sentencioso, lapidario, como conviene á las inscripciones destinadas para las tumbas, la decadencia irremediable del mundo romano, el poema del sepulcro del paganismo, cual Homero escribiera un dia el poema de su cuna; un hombre que nos ha ofrecido en sus historias y en sus anales grabados con el hierro candente de su terrible palabra en la memoria humana, una época, triste por su incertidumbre, pasmosa por sus vicisitudes, atroz por sus hatallas, desgarrada de continuo por grandes sediciones, dura en la guerra, cruel en la paz; muchos emperadores asesinados, muchas guerras civiles, mas aún estrañas; el Occidente conmovido, el Oriente próspero, los sármatas conjurados contra Roma, los dacios y los bretones mal sometidos, Italia destrozada por terremotos, el mar saliéndose de su centro como si quisiera lavar de la lepra de sus crímenes á la tierra, (aplausos), el Capitolio devorado por las llamas, las santas ceremonias religiosas ó suspendidas ó profanadas, las islas llenas de desterrados, los escollos teñidos de sangre, el suplicio convertido en premio de toda virtud, la delacion en escala para todas las dignidades, los esclavos levantándose contra sus amos, los amigos vendiendo á sus amigos, los hijos á sus padres, las magistraturas todas en una mano, el Senado en el polvo, el pueblo en el Circo, los patricios convertidos de guerreros en gladiadores, el mundo pasando de un taimado á un traidor, de un traidor á un loco, de un loco á un imbécil, de un imbécil á un pródigo, de un pródigo á un avaro, de un avaro á un epicúreo, de un epicúreo á un gloton, de un gloton á un gnóstico, de un gnóstico á un misántropo, de un misántropo á un asesino, consumidos todos en una orgía donde se mezclan todos los sexos y se cometen todos los crímenes, el robo, el asesinato, el estupro, el incesto, el parricidio; crímenes que no tuvieran nunca un digno castigo, si Dios no suscitara el genio severo, el genio sombrío de Tácito única alma que no se había manchado en cieno de la esclavitud, para que atormentase eternamente á los tiranos y á sus obras en el eterno infierno de su historia. (Ruidosos y redoblados aplausos que interrumpen por algunos momentos al orador.)

Perdonad, señores; pero las muestras de benevolencia con que habeis acogido mis pobres descripciones de un mundo decrepito, han cortado el hilo de mi razonamiento. Reanudémoslo. Decia, señores, que por todas partes se veian señales de la destruccion de aquella sociedad, señales terribles. En la naturaleza hay anuncios de las grandes tempestades.